

TAREFAS	RESPOSTAS		
Cales son as diferenzas entre ética e moral? Para contestar ten en conta cal é a orixe etimolóxica de cada palabra e a finalidade dunha e outra.	ORIXE ETIMOLÓXICA	FINALIDADE	DIFERENZAS
			ÉTICA
			MORAL
Achega razóns que xustifiquen a importancia da reflexión ética , despois de ler “ En el lago Plötzen” e ver como actuamos cando cremos que non nos ven.			
Escolle 6 valores éticos, defíneos e pon un exemplo de cada un ao lado	VALORES ÉTICOS	EXEMPLOS	
Se utilizades office, podedes traballar coa táboa como precisades, eliminado e refacendo ao voso gusto a columna das respostas. O único que non debedes eliminar son as formulacións das tarefas. O correo no que podedes contactar é pitusopha@gmail.com			

EN EL LAGO PLÖTZEN

¿Por qué los espejos molestan al robar?

A Oskar le apasiona nadar. Y Berlín tiene muchos sitios donde bañarse al aire libre. En los alrededores de la ciudad es posible encontrar lagos pintorescos en los que uno se puede bañar. Cuando no queremos ir muy lejos, Oskar y yo nos acercamos hasta el Plötzen, un lago que procede de la época glacial. En el siglo XIX ya había aquí una piscina.

La piscina al aire libre que vemos hoy es de los años veinte del siglo pasado. En aquella época las familias de trabajadores con sus numerosos hijos acudían en tromba a la playa de arena que se instaló y a bañarse en el agua verde. Los viejos edificios aún perviven hoy. Entre los redondos edificios de ladrillo y pabellones, con sus voladizos y sus tejados cónicos, uno se siente inmediatamente transportado a un tiempo anterior.

Si se nada hasta la otra parte del lago se llega a una gran terraza escalonada. Y detrás, entre los grandes árboles oscuros, se encuentra un viejo cementerio! La verdad es que todo resulta un tanto lúgubre. También hay una antigua cárcel muy cerca del lago. Y un monumento que conmemora a las personas que fueron asesinadas aquí en tiempos de Hitler. Encontrar una mezcla así es

normal en Berlín. Lo triste y lo alegre están muy cerca, más que en ninguna otra ciudad alemana.

A la playa se accede por una caseta pintada de color turquesa donde se compran las entradas. Pero hoy, a mitad de semana y con el tiempo algo nublado, no hay nadie. No se ve un controlador por ninguna parte.

Durante un rato Oskar y yo nos preguntamos si el vendedor de las entradas se habrá ausentado solo un momento, o es que hoy no hay ninguno porque no se esperan visitantes.

Esperamos unos minutos y no apareció nadie. Entonces nos planteamos qué hacer.

—*¿Qué te parece, Oskar? ¿Vamos sin más hasta el lago?*

—*¿Sin pagar, papá?*

—*No hay nadie aquí a quien podamos pagar. ¿Quizá haya ido al baño?*

—*De todos modos, no podemos pasar sin más.*

—*¿Por qué no?*

—*Eso estaría mal, papá.*

—*¿Por qué? ¿A quién le parecería mal?*

—*Bueno, al encargado de la piscina y a las personas a las que pertenece.*

—*¿A la ciudad de Berlín? La ciudad no se entera en absoluto.*

—*A pesar de todo.*

—*¿Y si dentro de un cuarto de hora no ha llegado nadie? ¿Qué hacemos entonces?*

—*Ni idea, papá.*

—*Podemos dejar lo que cuesta la entrada aquí, en la caseta, en alguna parte...*

—*No. ¿Y si alguien lo roba?*

—*¿Por qué tienes tantos reparos en pasar simplemente? Nadie nos ve y nadie nos descubrirá.*

—*Porque a uno mismo le causa una mala sensación pasar sin más, sin haber pagado la entrada.*

—*Volvemos a lo mismo. Es ese sentimiento horrible que se tiene cuando al hacer algo que no es correcto...*

—*Exactamente, papá.*

Tras un cuarto de hora convengo a Oskar para que de todos modos vayamos al lago. Quedamos en que cuando viéramos al encargado de la piscina le llamaríamos y le explicaríamos por qué no tenemos entradas. Poco después nos metemos en el agua y nadamos entre las carpas hasta el otro lado. Mientras tanto me dirijo a Oskar insistiendo en nuestra conversación en la caseta de

las entradas. Se me ocurre un experimento que se hizo en Estados Unidos...

El día de San Martín los niños alemanes pueden ir pidiendo por las puertas de las casas y en los comercios. Llevan faroles y cantan canciones para que les den caramelos como recompensa. Los niños en Estados Unidos no hacen eso en San Martín, pero en Halloween hacen algo muy parecido.

Hace algún tiempo dos investigadores comenzaron a interesarse por la reacción de los niños ante determinada situación. La cuestión que se plantearon no era nada lisonjera para los niños. Lo interesante para aquellos no era que pidieran, más bien querían saber en qué circunstancias los niños robaban caramelos y cuándo no lo hacían.

Los niños observados iban inocentemente de puerta en puerta pidiendo caramelos. Los habitantes de las casas de esta pequeña ciudad estadounidense estaban al corriente de este plan: los investigadores habían pedido a las amas de casa que no les dieran simplemente unos cuantos caramelos a los niños. ¡En lugar de ello debían incitarles a robar!

Cuando llegaba un grupo de niños ante una casa la dueña los saludaba y, en lugar de darles algo, les señalaba una cesta con caramelos situada ante la puerta de entrada, de la que cada uno podía coger un único caramelo. La mujer volvía a entrar a la casa y los niños se quedaban entonces solos ante la cesta repleta de caramelos. ¿Qué harían? ¿Se aprovecharían de la situación y se llenarían los bolsillos de esos caramelos que nadie vigilaba?

Pues bien, el robo de caramelos dependió de algo curioso. En algunas casas se había colocado un gran espejo detrás de la cesta de caramelos y en otras no. Si los niños querían meterse caramelos en el bolsillo, en aquellas casas se veían en el espejo al hacerlo.

El resultado fue que cuando los niños tenían que verse a sí mismos robando casi siempre se acobardaban y no lo hacían. Sin embargo, en las casas en las que no había espejo, robaban caramelos con bastante frecuencia.

—¿Qué piensas de ello, Oskar? —Yo no robaría en ningún caso.

—¿Puedes imaginarte que haya una diferencia si miras al espejo o si no?

—No lo he hecho nunca —dice dudando—, así que no puedo imaginármelo realmente.

—Piensa que eres uno de esos niños. Y que todos los demás se llenan los bolsillos. ¿Realmente serías el único en no hacerlo?

—Me lo estoy pensando, papá —reflexiona—. Creo que reprendería a los otros, pero no me chivaría.

—¿Porque también es una mala sensación delatar a otros?

—¡Delatar a alguien es de idiotas, papá!

—¿Y estás seguro de que tú en ningún caso...?

—En ningún caso no diría.

—¿En qué caso quizá sí lo harías? ¿Cuándo estuvieras totalmente seguro de que no te descubren y todos los demás niños también roban? ¿Incluso mucho?

—Pero yo cogería muy pocos caramelos..., si es que lo hago. Porque al robar coges cosas de otros, cosas que quieren tener ellos. Y entonces se entristecen porque son tuyas. Esa sería la causa de la mala sensación que se tiene al robar.

—Describe esa mala sensación.

—Se nota dentro de uno que se ha hecho algo malo.

—¿Por qué es eso tan desagradable?

—Porque entonces te quedas triste por dentro y te imaginas cómo te sentaría que te robasen los caramelos a ti mismo.

—Hay gente que no tiene ese problema. Pero a papá le sucede lo mismo que a ti. Una vez les quité una piedra semipreciosa a otros niños, una pequeña amatista. Me parecía tan bonita que me la metí en el bolsillo sin que se dieran cuenta. Tenía diez años. Aún sigo teniendo hoy la piedra, pero cuando la miro no pienso: ¡qué bonita es!, sino: realmente no me pertenece. Pertenece a dos chicos con los que jugaba entonces. Y se la robé.

Creo que hemos aprendido mucho. Primero, que no está bien robar, porque si lo hacen todos nadie estará satisfecho con su vida. Si todos hacen trampas para entrar en la piscina sin pagar, la ciudad no recibe dinero y tendrá que cerrar la piscina algún día.

Pero también hemos aprendido otra cosa. Cuando uno se observa a sí mismo mientras roba piensa mucho más en lo que está haciendo realmente, es decir, es más difícil evitar la sensación de que uno está haciendo algo equivocado en ese momento.

Lo tercero que hemos aprendido es que cuando otros hacen algo equivocado no nos resulta tan desagradable hacerlo también nosotros, a pesar de que en realidad es exactamente lo mismo que robe yo solo o que robe con los demás. Es y sigue siendo robar, pero no parece tan grave.

¿Por qué? Porque siempre se compara uno con los demás. Tú, Oskar, has dicho que no robarías. Y si todos los demás lo hacen, probablemente tampoco lo harías, pero solo probablemente, aunque la probabilidad sea muy poca. Y en ese caso robarías incluso menos que los demás. Esto te ayuda a sentirte mejor aunque hayas hecho algo equivocado.

Esa «desagradable sensación» al robar viene, a propósito, del hecho de que se puede reflexionar sobre uno mismo y se hace una imagen de qué clase de persona es. A casi todas las personas les gustaría ser buenas, aunque a menudo no sean en absoluto tan buenas como ellas mismas creen. Precisamente porque evitan pensar en lo que hacen, y porque al compararse con este o con aquel piensan: no soy tan malo...

Nuestro nuevo esclarecimiento filosófico reza:

Las personas pueden reflexionar sobre sí mismas. Tienen una imagen de sí mismas. La mayoría de las veces intentamos vivir de modo que la imagen que tenemos de nosotros no sufra merma. Pero a menudo también nos engañamos a nosotros mismos por evitar pensar en lo que no nos gusta de nosotros y por compararnos con los demás.